

Egipto y lo que vendrá: Imposible detener las Fuerzas Desatadas

La diseminación de la revuelta por todo el mundo árabe se encuentra en el corazón de un movimiento por la autodeterminación. Occidente la resiste por su cuenta y riesgo

Seumas Milne

Por Seumas Milne. THE GUARDIAN, 2 de febrero de 2011¹

El destino de la sublevación egipcia se encuentra en vilo. Hay una situación revolucionaria en Egipto, pero aún no se convierte en revolución. A raíz de la promesa de Hosni Mubarak de no postularse nuevamente como candidato a la presidencia en septiembre próximo, las bandas de partidarios del gobierno se desataron hoy en las calles de El Cairo y Alejandría.

En primer lugar, el portavoz del Ejército pidió a los manifestantes retirarse ahora que “han recibido su mensaje”. Camiones llenos de matones, armados con barras de hierro y machetes, muchos claramente identificados como miembros de las fuerzas de seguridad, fueron enviados luego a la Plaza Tahrir de El Cairo, a asaltar y aterrorizar a la masa de manifestantes pacíficos y expulsarlos del centro de la ciudad. Los informes hablan de asesinatos y cientos de heridos.

Es el último y potencialmente letal contraataque del régimen frente al oleaje de la presión popular por el cambio. Primero fue la retirada de la policía de las calles, los saqueos orquestados y las provocaciones armadas, al parecer, por etapas, para amedrentar y someter a la gente con la amenaza del caos y la descomposición social.

Ahora Mubarak y sus compinches han optado por la confrontación directa y el riesgo de un baño de sangre a gran escala —después que más de 300 personas han sido asesinadas— presumiblemente, como un prelude a las demandas de que el ejército tome el control para apartar a los “dos bandos”.

Las maniobras en la cúpula del régimen han sido transparentemente coreografiadas en Washington. La declaración de Mubarak por la noche del martes le pisó los talones a la visita del enviado del gobierno de Obama, Frank Wisner, un cabildero pagado del gobierno egipcio, quien informó que “instó” al presidente egipcio a no postularse de nuevo.

1. <http://www.guardian.co.uk/commentisfree/2011/feb/02/forces-unleashed-egypt-cant-turned-back>

Cuando comenzaron las protestas la semana pasada, el alto mando del Ejército se encontraban en la capital estadounidense, en consultas. Y Omar Suleimán, jefe de inteligencia —ahora nombrado vicepresidente para supervisar la reforma política— famoso por su cercanía con Estados Unidos e Israel, supervisó en Egipto la entrega del programa de rendición y tortura de la CIA y defiende públicamente la trituración mediante la fuerza de la Hermandad Musulmana, su mayor grupo opositor.

El pasmo en la respuesta de la administración estadounidense a la revuelta pacífica, primero, aclamando la “estabilidad” del régimen de Mubarak, después, exigiendo una “transición ordenada”, es un recordatorio del decisivo apoyo que durante décadas los gobiernos occidentales han dado a las autocracias árabes como la de Mubarak, así como de su arrogante determinación de mantener bajo su control lo que pueda seguir. Son inequívocos los ecos del invierno de 1978-9, cuando los políticos estadounidenses y británicos se apresuraron a volar a Teherán para sostener al Sha, mientras millones se manifestaban contra su brutal régimen.

Es probable que en cualquier momento Estados Unidos haya desenchufado a la dictadura de Egipto, que financia con más de tres mil millones de dólares al año. Pero durante mucho tiempo las potencias occidentales han considerado la democratización del mundo árabe como una amenaza a su control sobre la región y sus recursos. De ahí que Nicolás Sarkozy respaldara al déspota cleptócrata de Túnez Zine al-Abidine Ben Ali hasta el día en que fue expulsado del país.

Tony Blair, hasta ahora enviado del “cuarteto” que encabeza Estados Unidos en el Oriente Medio, externó esta semana la actitud real, característica, hacia la democracia que en países como Egipto vaya a resultar del poder de occidente. El presidente egipcio ha sido, dijo Blair, “inmensamente valiente y una fuerza del bien” —al hablar de un hombre que ha encarcelado y torturado a decenas de miles de presos políticos— por su papel en el mantenimiento de la paz con Israel. El cambio en Egipto debiera ser “estable y ordenado”, explicó Blair, porque la Hermandad Musulmana puede ser electa y la opinión pública en el Oriente Medio pudiera “terminar francamente con la idea equivocada”.

Así que hay algo de justicia histórica o divina en el hecho de que el punto de inflexión para la inconclusa revolución de Túnez, que a su vez provocó la revuelta egipcia, haya sido el impacto de la propia crisis económica de Occidente. Antes de su retorno al hogar, el fin de semana pasado, el exiliado líder de la oposición islamista tunecino Rachid Ghannouchi me dijo que el “detonante final” fue la caída de los estándares de vida y el aumento del desempleo, como consecuencia de la crisis de 2008.

Eso alimentó el creciente descontento ante la corrupción al estilo de la mafia, la flagrante desigualdad, la represión, la censura, la tortura y la pobreza. En Egipto, donde 40% de la población vive con menos de dos dólares al día, la presión económica ha sido aún mayor.

Pero más profundamente, la revuelta que ahora se extiende por todo el mundo árabe se encuentra en el corazón de un movimiento por la autodeterminación: una demanda de los pueblos de la región por manejar sus propios asuntos, libres de la siniestra mano de las tiranías, en gran medida respaldadas desde el extranjero. No es por coincidencia ni resultante de algún defecto en la cultura árabe que el Oriente Medio reúna al mayor grupo de estados autocráticos en el mundo.

La mayoría sobrevive sujeta a la cuerda de salvación de occidente, y el resultado a través de la región ha sido el estancamiento social y económico. Hay un sentido real de que, a pesar del fuerte desafío del nacionalismo árabe en los años 50 y 60, el mundo árabe nunca ha sido plenamente descolonizado.

Para Egipto, eje histórico de la región y fuerza global con Nasser, la humillación de su declive y su estatus subalterno bajo el régimen de Mubarak no podían ser más claros. La amenaza del *coco* islamista ya no intimida a nadie. En Túnez, el partido Nahda Ghannouchi (Renacimiento) ahora se ha aliado con los liberales y socialistas en torno a una plataforma de democracia plural, igualdad de género, libertad de conciencia y justicia social. En Egipto, la Hermandad Musulmana, más conservadora, en colaboración con el conjunto de fuerzas de oposición, ha luchado siempre por elecciones competitivas y será parte importante de cualquier Egipto genuinamente independiente y democrático.

El contagio se está expandiendo a toda la región: a Yemen, Jordania, Argelia y otros lugares, en tanto que los regímenes luchan por ofrecer reformas cosméticas para evitar cambios más radicales. Túnez ha demostrado que los pueblos del mundo árabe son suficientemente capaces para liberarse de la dictadura. Han visto y sentido su poder. Si Mubarak es en efecto forzado a salir, será el principio para Egipto, pero significará también la remodelación del Medio Oriente —y un equilibrio global más amplio del poder— en los decenios por venir.

Después de los acontecimientos de hoy, está claro que el régimen egipcio tratará de aporrear o desviar el movimiento popular hacia una falsa transición. Si lo que se ha visto ocurre con la connivencia de Estados Unidos e Israel, la radicalización que los líderes occidentales temen será aun mayor. Lo que sucede ahora, las fuerzas desatadas en Egipto y más allá, no darán marcha atrás.